

— Sobre todo, no alteréis ni una sola palabra de la carta.

— Me sería imposible, porque para eso necesitaba saber el latín, y no lo sé; algún barbarismo todo lo más.

— Id, amigo mío, id.

Chicot se informó del sitio donde hallaría á la reina, y se separó del rey más convencido que nunca de que el rey era un enigma.

VI.

La alameda de los Tres mil pasos.

La reina habitaba en la otra ala del castillo, que estaba distribuída poco más ó menos de la misma manera que la que acababa de dejar Chicot.

Oíase siempre de aquel lado alguna música, y se percibían algunos penachos.

La famosa alameda de los Tres mil pasos, de la que tanto se había hablado, empezaba bajo las ventanas mismas de Margarita, y su vista no se fijaba nunca más que sobre objetos agradables, tales como

mecetas de flores y pintorescos cuadros de verdura.

Se diría que la pobre princesa ensayaba el alejar tantas ideas fúnebres que roían el fondo de su pensamiento, con el aspecto de objetos agradables.

Un poeta de Perigord, porque Margarita tanto en las provincias como en París era el astro de los poetas, un poeta de Perigord, decimos, había compuesto un soneto sobre el asunto.

Ella quiere, decía él, con el cuidado que pone en distraerse, desecher los tristes recuerdos que su imaginación le presenta.

Nacida sobre las gradas del trono, hermana y esposa de rey, Margarita había en efecto, sufrido muchísimo. Su filosofía, de más apariencia que la del rey, era menos sólida, porque, debida al estudio, era facticia, mientras que la del rey venía del fondo de su corazón.

Así, Margarita, por más filósofa que fuese, ó más bien que quisiera serlo, había dejado que el tiempo imprimiese sobre su rostro surcos expresivos.

No obstante, era todavía de una belleza notable, belleza de fisonomía sobre todo, que siendo menos remarcable en las personas de un rango vulgar, es

la que agrada más en las de un rango ilustre, á las que concedemos siempre la supremacía de la hermosura física. Margarita tenía una sonrisa graciosísima y alegre, la mirada lánguida y brillante, el aire encantador. Margarita, como hemos dicho, era siempre una criatura adorable.

Mujer, tenía el aire y la marcha de una princesa; reina, tenía el aire y el andar de una preciosa mujer.

Así pues, era idolatrada en Nerae, donde introducía la elegancia, la alegría y la vida. Ella, que aunque princesa parisiense llevaba con paciencia su morada en provincia, era una virtud que los provincianos le agradecían infinito.

Su corte no era solamente una corte de nobles y de damas, todo el pueblo la amaba como reina y como mujer; y así todos gozaban á la vez de sus orquestas y de sus festines.

Sabía además emplear el tiempo de tal modo que todos los días se procuraba nuevos contentos y satisfacciones, de las cuales hacía participes á cuantos la rodeaban.

Aborrecía de muerte á sus enemigos, pero tenía toda la paciencia necesaria para mejor vengarse de

ellos; conociendo instintivamente que bajo el carácter descuidado de Enrique de Navarra se ocultaba cierto despego hacia ella, viéndose sin parientes ni amigos, Margarita se había acostumbrado á vivir de amor, ó al menos de sus apariencias, y á reemplazar por medio de la poesía y de las ilusiones, familia, esposo, amigos y todo cuanto le faltaba.

Nadie, á excepcion de Catalina de Médicis, Chicot, y algunas sombras melancólicas que yacían en brazos de la muerte, hubiera podido decir por qué causa estaban pálidas las mejillas de Margarita, por qué sus ojos se anegaban continuamente de llanto, por qué en fin, aquel corazón dejaba ver el inmenso vacío que sentía y que sus miradas, en otro tiempo tan alegres, no podían disimular.

Margarita no tenía confidentes, ni los quería desde que algunos habían vendido baja y torpemente por dinero su confianza y su honor.

Siempre por lo regular se paseaba sola, y esta misma circunstancia aumentaba á los ojos de los navarros, sin que ellos mismos lo conociesen, la majestad de sus acciones, que resaltaban mucho más con su aislamiento.

Por lo demás, la indiferencia ó mala voluntad que

por parte de Enrique había notado, eran instintivas y provenían más bien de la propia conciencia de sus faltas que de las acciones del Bearnés. Enrique la trataba como á una hija de Francia; sólo le hablaba con obsequiosa política ó gracioso abandono, y tenía para ella en todas las ocasiones el proceder de un esposo y de un amigo.

Así que, la corte de Nerac, como todas las demás cortes entregadas á relaciones fáciles, rebosaba en armonías morales y físicas.

Tales eran las reflexiones que Chicot hacía, aunque basadas en apariencias débiles todavía, á pesar de que era el observador más fino y meticoloso del mundo.

Se había presentado desde luego en palacio alocionado por Enrique, pero á nadie encontró. Margarita, según le habían dicho, se hallaba al fin de aquella hermosa alameda paralela al río, y en consecuencia se dirigió á ella, sabiendo que se llamaba la alameda de los Tres mil pasos, por la de los laureles rojos.

Cuando se halló como á las dos terceras partes de la alameda, divisó á la entrada de un bosque de jazmines de España y de clemátidas un grupo

cubierto de cintas, de plumas y de espadas con vainas de terciopelo: tal vez estos adornos eran si se quiere un tanto antiguos, pero en Nerae hacían un efecto brillante y aun sorprendente. Chicot, que llegaba de París por línea recta, quedó muy satisfecho al verlos.

Un paje de Enrique precedía á Chicot, y la reina, cuyas miradas erraban á derecha é izquierda con esa tierna inquietud de los corazones melancólicos, conoció los colores de Navarra, y le hizo una seña.

— ¿Qué buscas por aquí, d'Aubiac? — le preguntó.

El joven, ó más bien el niño, pues sólo tenía doce años, se ruborizó al doblar la rodilla delante de Margarita.

— Señora, — respondió en francés, porque la reina había prohibido el *patués* en todos los actos de servicio; — un caballero de París, enviado desde el Louvre á S. M. el rey de Navarra, y que el rey de Navarra os dirige, desea hablar á V. M.

Un vivo encarnado tiñó las mejillas de Margarita; volvióse lentamente y con aquella sensación penosa que siempre penetra por cualquier accidente en los corazones lacerados.

Chicot permanecía inmóvil á veinte pasos de ella.

Sus ojos reconocieron en la apostura y en la sombra, porque el gascón se dibujaba en los jardines bajo un fondo amarillento, cierta figura que no le era desconocida: salió, pues, del círculo en que se hallaba, en vez de mandar que se adelantase el recién llegado.

No obstante, al volverse para saludar á los que la acompañaban, hizo señas con la mano á uno de los más apuestos y ataviados caballeros de su séquito.

El saludo dirigido á todos, sólo se dirigía realmente á uno.

Pero como parecía algo inquieto el caballero privilegiado, á pesar de la seña, cuyo objeto era tranquilizarle, y como á la mujer nada se escapa, le dijo Margarita:

— Señor de Turena, decid á esas damas que vuelvo al instante.

El caballero de ropilla blanca y azul se inclinó con mayor prontitud que lo hubiera hecho un cortesano indiferente.

La reina se acercó con paso rápido á Chicot, que

había examinado toda la escena tan en armonía con las frases de la carta que se le había encargado.

— ¡ Señor Chicot ! — exclamó Margarita aproximándose al gascón.

— Á los pies de V. M., — dijo Chicot ; — siempre sois tan buena, siempre tan bella, siempre tan reina de los corazones, lo mismo en Nerac que en el Louvre.

— Es un milagro el veros tan lejos de París.

— Perdonad, señora ; pero no ha ocurrido á Chicot la idea de semejante milagro.

— Ya lo creo, pues según decían habíais muerto.

— Es decir, que lo fingía.

— ¡ Y qué traéis ? ¡ Soy por ventura tan feliz que se acuerden de mí en Francia ?

— ¡ Ah, señora ! Vivid tranquila : los Franceses nunca olvidan á sus reinas cuando éstas tienen vuestra edad y son tan hermosas como V. M.

— ¡ Conque siguen siendo galantes en París ?

— El rey de Francia, — dijo Chicot sin contestar directamente á la pregunta, escribe sobre el asunto al rey de Navarra.

Margarita se ruborizó.

— ¡ Decís que ha escrito ? preguntó en seguida.

— Sí, señora.

— ¡ Habéis traído vos la carta ?

— No la he traído por razones que el rey de Navarra dirá á V. M. ; pero la he aprendido de memoria y puedo repetirla.

— Comprendo : esa carta era importante, y habéis temido perderla ó que os la quitasen.

— Esa es la verdad, señora ; sólo debo añadir que la carta estaba en latin.

— Muy bien, — dijo la reina, — no ignoráis que poseo ese idioma.

— ¡ Y lo posee el rey de Navarra ? preguntó Chicot.

— Querido Chicot, — respondió Margarita, — es muy difícil averiguar lo que sabe ó lo que ignora el rey de Navarra.

— ¡ Ah ! ah ! — exclamó Chicot satisfecho al ver que había otros que procuraban acertar el enigma.

— Si hemos de creer las apariencias, — prosiguió Margarita, — lo sabe muy mal, porque nada entiende, ó al menos nada parece comprender de lo que hablo en ese idioma con algún caballero de la corte.

Chicot se mordió los labios.

— ¿Le habéis recitado la carta? — preguntó la reina.

— Venía dirigida á él.

— ¿Ha dado muestras de entenderla?

— Dos palabras nada más.

— ¿Cuáles?

— *Turennius et Margota.*

— *Turennius et Margota?*

— Sí, señora, estas palabras se hallán en la carta.

— ¿Y qué ha hecho después?

— Enviarme á V. M., señora.

— ¿Á mí?

— Sí, señora, diciéndome que la carta contiene cosas demasiado importantes para confiar su traducción á un extraño, y que es mucho mejor que la traduzca V. M., como la más bella de todas las sabias y la más sabia de todas las bellas.

— Os escucharé, señor Chicot, supuesto que el rey lo manda, — dijo Margarita un poco conmovida.

— Gracias, señora. ¿En dónde quiere V. M. que hable?

— Aquí... no, no; en mi gabinete; os suplico que subáis á él.

Margarita miró de hito en hito á Chicot, quien sin duda compadecido de ella, le había dejado entrever parte de la verdad.

La pobre reina conoció que tenía necesidad de un apoyo, de una fuerza extrema que sólo podía prestarle el amor, antes de la prueba cruel que la esperaba.

— Vizconde, — dijo á Turena, — dadme vuestro brazo hasta el castillo; señor Chicot, os suplico que os adelantéis.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1665 MONTERREY, MEXICO